

madera, donde cada uno guarda por la tarde sus utensilios antes de salir de la mina. En los primeros tiempos de su explotación se condenaba á los trabajos de esta mina á los criminales, quienes no salían jamás, siguiéndolos allí sus mujeres y sus hijos. En el día los operarios son libres y salen por medio de escaleras comunes, pues si hubieran de hacerlo por el cable no bastarian dos horas para tan gran número de ellos. Se ignora desde qué fecha comenzó á sacarse la sal de esta mina, pero se menciona ya en los anales de Polonia por el año de 1237. Lo que mas me admiró fué ver en la excavacion mas profunda un manantial de agua dulce y fresca. Filtra al través de una capa de arcilla arenosa de cerca de tres piés y medio de grueso, y forma un riachuelo que corre por una de las galerías del subterráneo, y sirve para los usos de los trabajadores y de sus caballerías.

«Caminamos por la mina por espacio de seis horas, y cuando quedó satisfecha nuestra curiosidad, volvimos á subir de piso en piso hasta el primero; allí nos colocamos en nuestros respectivos puestos en el cable, y á poco vimos de nuevo la luz del día con un placer inexplicable. Muchos de la expedición confesaron que efectivamente eran muy dignos de admirar aquellos vastos subterráneos pero que bastaba un solo viaje á ellos.»

## CARTA XXXI.

*Grutas, cavernas y catacumbas notables del globo.—Gruta de Cacahuamilpa.—Gruta de Guácharo.—De Ataruipe.—De las Señoritas.—Caverna del Perro.—De las Brujas.—Gruta de Castle-Town.—De Antiparos.—De Fingal.—Las catacumbas de París.—Las catacumbas de Roma.—Episodio de los mártires.*

México, Marzo 19 de 1862.

Pienso hoy hacerte recorrer algunas grutas notables de las muchas que hay en el globo, y que consisten en mansiones subterráneas, formadas por la misma naturaleza, y adornadas con mas ó menos ostentacion y esplendor, á diferencia de las cavernas, que son otros subterráneos naturales, pero de aspecto lúgubre y pavoroso; tambien visitaremos las catacumbas, canteras hondísimas de cuyas entrañas han salido los palacios de París y de Roma, y en cuyas profundidades han tenido lugar hechos maravillosos, sirviendo de asilo á los restos de mil generaciones. La novela con todas sus galas fantásticas y con sus misterios preciosos saldrá de las catacumbas de París; mientras que los episodios mas sublimes del catolicismo y las glorias de sus mártires saldrán de las catacumbas de Roma.

La gruta de *Cacahuamilpa* se encuentra en el pueblo que lleva el mismo nombre y que pertenece al Estado de Guerrero en nuestra República. En las inmediaciones de dicho pueblo se eleva un grupo de montañas, á cuya base está la entrada ó gran pórtico del palacio subterráneo de Cacahuamilpa, conocido por primera vez despues de la conquista, hasta el año de 1835. El gran pórtico de este palacio encantado es un majestuoso arco de 75 piés de altura sobre 150 de ancho. Se baja primero una rápida pendiente, y se llega con algun trabajo, pasando junto á una petrificacion notabilísima que parece una cabra que cuida la entrada, á un magnífico y ovalado salón de 180 piés de anchura y otros tantos de altura, donde á la luz de los hachones brillan las soberbias paredes y la techumbre cuajada de cristalizaciones preciosas, que sin cesar despiden una lluvia de diamantes, los que cayendo en depósitos de agua mas ó menos abundante, remedan una música armoniosa y repetida por los ecos. Dos grandes estalactitas se desprenden de la bóveda de aquel salón y forman dos columnas voladas de 18 piés de largo la una, y de 27 la otra. Pero aquel no es sino el vestíbulo de tan espléndido palacio, pues dirigiéndose el observador hácia el Noroeste de la gruta, entrará por otra nueva portada á un salón tan grande que no reconoce límites, y cuyas maravillas le dejarán asombrado. Las paredes de este nuevo salón parecen estar formadas de riquísimo topacio; el pavimento es de un mármol blanco como la nieve, y el cielo es de brillantes que á veces cuelgan en ondas y regueros y en forma de

candiles en que juegan los colores del iris. En medio del salón descuella una columna de alabastro, que se levanta á 90 piés de altura para ir á sostener aquella bóveda incomensurable; y otras columnas mas pequeñas adornan á los lados el salón y lo animan con sus figuras variadas. Avanzando unas 100 varas en la misma direccion, se encuentra el observador á la entrada de un salón mas pequeño, y en cuyas paredes se ven figuras humanas perfectamente labradas. Una momia cubierta de un blanco sudario, se halla colocada no lejos de un anciano de larga y blanquísima barba, que sostiene en sus brazos á un niño. Esta sala tendrá unas 30 varas de largo, y termina en una especie de anfiteatro sostenido por una pirámide truncada, de 13 varas de base sobre 32 de altura.

En otra galería de 130 varas de extension y 50 de altura se encuentran obeliscos de tamaño prodigioso, y un poco mas hácia adentro se ve una alta y esbelta montaña de alabastro, en cuya cumbre hay un pozo de agua cristalina. En la segunda de las excursiones que se han hecho á esta famosa gruta, se encontró en el último salón un esqueleto humano, recostado sobre el lado izquierdo, y cuyo cráneo presentaba una cristalización curiosa por la parte que tocaba al suelo. En otras excursiones posteriores se han visto allí una serpiente y un tigre que causaron gran terror á los viajeros; pero que huían al acercarse las luces de los hachones, refugiándose en las cavernas mas remotas. La profundidad de la gruta de Cacahuamilpa se ha calculado en 5,000 varas, ó una legua.

En la república de Venezuela, y en la costa

Norte da la isla de Santa Margarita, que pertenece al departamento de Cumaná, se encuentra la gruta llamada de *Guácharo*, por el ave nocturna de este nombre que abunda en sus profundidades. Toda la entrada de esta gruta es deliciosa, pues el arco superior está poblado de árboles de talla gigantesca, y aun en la parte interior se ve una verdura agradable y llena del vigor de los climas tropicales: multitud de fuentes derraman sus cristalinas aguas que se oscurecen por las rocas, y cuyos murmullos deleitan el oído. La luz del sol anima aquellas escenas y conduce al viajero hasta 180 varas de profundidad, donde se oye ya el monótono y constante graznido de los guácharos, que incomoda los oídos é infunde cierto terror. El baron de Humboldt asegura que los indios sacaban antes cada año gran cantidad de aceite de estos pájaros, que son muy grasosos; y al efecto, por la fiesta de San Juan, conocida entre ellos por la *cosecha de la manteca*, se mudaban á la entrada de la gruta, donde construian pequeños jacales, y en unos tarros de arcilla hacian fundir la manteca de aquellos pajarracos, sorprendiéndolos en sus nidos que descubrian con hachones atados en largos palos, y haciendo en los polluelos una horrorosa matanza, en medio de la gritería aturdidora de los padres de las víctimas, que no dejaban de acosar con sus clamores y alatazos á aquella gente despiadada. El mismo baron de Humboldt asegura haber comido el aceite del guácharo, y no ser desagradable ni á la vista ni al paladar. Un obispo de Santo Tomás de la Guayana visitó esta gruta hasta una profundidad

de cerca de mil varas, y aseguró que aun todavía se prolongaba.

En la misma Venezuela y en la provincia de Caracas se encuentra la gruta de *Atarupe*, donde el citado baron de Humboldt encontró 600 esqueletos humanos, tristes restos de la nacion de los atures, y perfectamente conservados en unas como bateas de cóco, á que los indigenas daban el nombre de *mapiros*. Al lado de estos esqueletos habia unos vasos de arcilla de una vara de alto, que contenian los huesos de cada familia. La construccion de aquellos vasos es ovalada, las asas figuran cocodrilos ó serpientes, y el borde y caras están guarnecidos de laberintos y de grecas diferentemente combinados. Hay quien presume que los atures eran nuestros antiguos toltecas, que fueron á dar errantes hasta las regiones de Venezuela y que acabaron allí por el hambre y la peste, sepultando sus reliquias en la gruta de Atarupe.

La *gruta de las Señoritas* está situada en un bosque de las cercanías de Ganges, departamento del Hérault en Francia, y el pueblo refiere de ella mil maravillas. M. Soulavia, viajero frances, reuniéndose á otras personas curiosas hizo dos expediciones á esta gruta, y en la segunda, despues de atravesar multitud de cavernas y precipicios interiores, á que descendian por medio de escalas colgantes, llegaron á una especie de basilica inmensa y redonda, rodeada de capillas mas ó menos elevadas, y cuyo conjunto era casi tan grande como la mitad del caserío del mismo Ganges. La parte de en medio es una cúpula de cien varas de altura.

Nos rodeaba—dice M. Soulevia—una cantidad tan prodigiosa de objetos, que nos sumergia en muda y extática admiracion. Entre ellos se hacia notar particularmente un obelisco tan alto como un campanario, perfectamente redondo, terminado en aguja, de color de rosa, cincelado en toda su altura y con las mas exactas proporciones; moles enormes, unas en figura de montañas, otras imitando nubes; pilastras truncadas en todas direcciones, coliflores gigantescas, juguetes, todo en fin cuanto puede presentar la casualidad en combinaciones variadas, se encontraba allí. Una calavera fué la única cosa que alteró la satisfaccion que nos causaba aquel sitio. No acertábamos á atinar por dónde su infeliz dueño podia haber penetrado hasta aquel lugar de la gruta, puesto que nosotros habíamos tenido necesidad de abrírnos paso por medio de la mina y la barreta; y quedamos persuadidos de que solo alguna corriente de agua habria podido arrastrar aquel fragmento humano.»

La *caverna del Perro* está cerca de Nápoles, y consiste en una excavacion abierta en la roca y en la que pueden caber tres personas: solo la naturaleza del terreno constituye la celebridad de esta gruta, pues se desprenden allí ciertos gases metálicos que llegan hasta la altura de un perro ó algun otro cuadrúpedo semejante en tamaño, y que no alcanzan á la estatura del hombre, quien puede entrar en ella impunemente. Los que guardan la gruta suelen tener perros á prevención para sacrificarlos á la curiosidad de los viajeros. Los pobres animales, que preven el peligro á que van á exponerse, procuran implorar gracia con tristes

miradas y con mil festejos. Pero el inexorable guarda los impele á la gruta; el vapor mortífero los ataca en el acto, se hinchan, se entorpecen, tienen convulsiones, y perdiendo al fin todo movimiento van á expirar, cuando el guarda los coge y los expone al aire libre, que los vuelve á la vida á pocos instantes.

A dos leguas de Ripailles, en Chablais (Francia), se encuentran las *cavernas de las Brujas*, que consisten en tres boquerones superpuestos y practicados á pico en la roca viva por la misma naturaleza: no se ven en aquel sitio mas que horrosos peñascos y una selva de espinos. Se sube á estas cavernas por medio de una escalera, y hay que meterse luego agarrándose de las matas y raíces. Cada una de ellas tiene en el fondo una gran concha, y el agua que destila de la mas alta de sus bóvedas, ha formado en una congelacion marmórea la figura de una gallina que está empollando. A su lado hay otra concrecion que se parece perfectamente á un medio tocino con su pellejo colgante. En la concha de en medio se encuentran piedrecillas como almendras cubiertas y confites, y al lado se ve un torno de hilar con su rueca.

La *gruta de Castle-Town* está en Inglaterra, á la espalda de un monte abierto á pico, y en cuya cumbre se ve un antiguo castillo. En lo interior del vestíbulo de la gruta se ven dos fábricas, una de cuerdas y la otra de cordones y cintas; notándose gran animacion y movimiento entre las jóvenes que hacen girar ruedas mas ó menos grandes cantando al mismo tiempo, y entre los hombres que hilan cuerdas y trenzan y enroscan los cables.

«Hall, nuestro conductor—dice un viajero—después de habernos dado una antorcha encendida á cada uno, abrió una puerta subterránea y nos invitó á seguirle. La primera galería que se presenta es muy espaciosa: en ella se encuentra un montecillo de arena finísima que es arrastrada por el agua en las crecientes. A poco andar se interrumpió el camino por un lago en que flotaba una navicella, y tuvimos que ir pasando con gran entretenimiento y uno á uno á la orilla opuesta, apareciendo nuestras sombras en aquel espejo líquido como una turba de fantasmas. Nuestro guía llamó á este lago la *primera agua*, y en seguida encontramos otro á que llamó la *segunda agua*, y en el que no hubo necesidad de embarcarnos, pues había un paso, aunque estrecho. Mas adelante se encuentra una enorme construcción formada gota á gota por el agua que se desprende, y se diría que aquella era la morada del genio de la lluvia. Entramos en seguida en la caverna llamada el *Presbiterio*: las bóvedas son altas, y se ven en ellas diferentes aberturas que imitan puertas y ventanas góticas. Nuestro conductor nos suplicaba encarecidamente siguiésemos andando sin volver la vista atrás hasta que él diese la señal. Llegados al otro extremo de la caverna, resonaron en nuestros oídos las voces angélicas de un celeste coro, y entonces vimos á nuestras espaldas y en un nicho practicado en la misma roca las formas blancas y aéreas de cinco jóvenes que nos regalaban con sus mágicos acentos, en una canción de Shakespeare. Pasamos de este sitio encantador á otro que no se le parece y que se llama el *collar del diablo*, y bajamos luego por

una colina de arena, atravesando mas adelante una hermosa arquería. Un poco mas allá se oye á lo lejos el ruido de una cascada y se ve una masa piramidal de estalagmitas que se llama el *campanario de Lincoln*. Por último se llega á una gran galería nuevamente descubierta, donde vuelve el río á dejarse ver, saliendo de una bóveda natural y tan perfectamente construida como si fuera obra del arte.

La gruta de *Antiparos* se encuentra en la isla ó escollo que lleva ese nombre y que pertenece al archipiélago de la Grecia. El primero que la descubrió fué el embajador frances M. de Nointel, quien en 1673 pasó en compañía de mas de 500 personas las fiestas de Navidad en aquella gruta. El descenso fué penosísimo, pues un abismo profundo se sucede á otro abismo, y es preciso bajar con el auxilio de fuertes cables y escaleras, hasta una profundidad de mas de 300 varas, para llegar á la verdadera gruta, que es admirable y espaciosa. En el fondo de ella y al lado derecho se presenta una magnífica pirámide, llamada el *altar*, porque en ella hizo M. de Nointel que se celebrase el santo sacrificio de la misa. Todos los adornos que cubren completamente esta pirámide son de alabastro trasparente y figurando ramilletes y coliflores de exquisito trabajo natural. En lo bajo del altar hay dos columnas truncadas; y por ambas partes laterales de la gruta se ven torres con almenas, y un soberbio pabellon de plantas de alabastro trasparente. Mientras el embajador frances estuvo en el interior de la gruta, ardieron dia y noche, para iluminarla, cien gruesos cirios y cuatrocientas lámparas.

La gruta de *Fingal*, que quizá es la mas opulenta de las que se conocen, está en la isla de Staffa, en Escocia. «Este soberbio monumento de un gran incendio subterráneo que se pierde en la noche de los tiempos—dice Antoine—presenta un carácter de orden y regularidad tan asombroso, que con trabajo el observador mas tranquilo y menos sensible á las maravillas del globo, puede no asombrarse á la vista de aquel palacio natural que parece construido como por encanto. No es fácil concebir la idea de un punto de vista mas soberbio que el de una inmensa y profunda arquería sostenida por hileras de columnas naturales, y cuyas bóvedas están formadas de trozos cortados de columnas semejantes, y de colores diversos, á semejanza de mosaico. Esta gruta se halla iluminada por la parte de afuera, registrándose su fondo perfectamente desde la entrada, y siendo muy saludable el aire interior, agitado y renovado por el flujo y reflujo del mar que invade aquel recinto con sus olas. La entrada de la gruta tiene 35 piés de ancho, su elevacion es de 56 y su fondo de 104. La fachada se compone de grupos de columnas regulares que le dan un aspecto regio. Los naturales de Escocia llaman á esta gruta de *Fingal*, porque suponen que *Fingal*, padre del bardo escocés *Ossian*, habitaba en ella.»

Te daré ahora algunas noticias sobre las catacumbas de Paris. El *Osario*, llamado propiamente *Catacumbas*, es el que ha venido á dar su nombre á todos aquellos vastos subterráneos que serdentean bajo los palacios y calles de la capital de la Francia. La entrada principal á estas cavernas

se halla á poca distancia de la barrera d'Enfer. «Es sabido—dice Elías Berthet, de quien tomo estos datos—el origen de dicho *Osario*. En 1786 fué suprimido, por causa de salubridad pública, el cementerio de los Inocentes, situado precisamente en el sitio en que hoy se halla el mercado de ese nombre. Surgió entonces la idea de aprovechar las canteras subterráneas, depositando en ellas aquellos restos humanos, que fueron trasladados con gran pompa. Mas tarde, la total abolicion de los cementerios *intra-muros* aumentó considerablemente el contenido de las *Catacumbas*; generaciones mil se fueron aglomerando en aquellos húgubres almacenes, y hoy se calcula en 12 ó 15 millones (12 ó 15 veces mas que la actual poblacion de Paris) el número de seres humanos que han llegado á confundir allí sus despojos. Pero el *Osario* no es mas que una parte muy pequeña de las canteras de Paris, y actualmente se encuentra separado de ellas para evitar el contrabando.»

Desde 1774 se ha tenido especial cuidado con estos subterráneos, que carcomidos por la accion de las aguas, por el abandono de tantos siglos y por el peso enorme de las grandes construcciones levantadas encima de ellos, y que á veces no podian ser sostenidas, amenazaban constantemente con un horroroso y general hundimiento de la ciudad. Una poblacion de obreros especiales se agita hoy á cien piés abajo del suelo de Paris, y es dirigida hábilmente para precaver los accidentes. Casi por todas partes nuevos pilares, bóvedas y muros macizos se construyen por la Inspeccion, principalmente bajo los grandes edificios como Val-de-

Grâce, dejándolos seguros para siempre. La mayor parte de las calles de la parte meridional de París tienen otras subterráneas que se corresponden con igual nombre, y en las que están marcados los números de las casas superiores. Un orden maravilloso reina en aquella ciudad de las tinieblas.

El Sena y el Bièvre dividen las canteras de París en tres grupos diversos, y los dejan interceptados por las aguas. El total de la superficie de esos subterráneos, en la parte correspondiente á la ciudad, tan solo abarca una extensión de 4 millones 88 mil 400 varas, es decir, la décima parte casi de la superficie total de París.

La brillante pluma de Elías Berthet, en su novela de *Las Catacumbas de París*, nos hace descender á aquellos sitios misteriosos; nos aterra primero con los riesgos terribles de oscuridad, de agonías y de muerte que asaltan al curioso que se aventura sin guía en aquel caos de fantásticas y complicadas excavaciones; nos hace estremecer á la idea del peligro que corre la capital entera de la Francia en el instante en que una mina estupenda va á ser prendida por la venganza de un hijo á quien matarán á su padre, y que es el sér único que conoce aquellos laberintos subterráneos; nos pinta luego á ese hijo, á ese monstruo de fealdad, verdadero genio de aquellos sitios lúgubres, enamorándose de la hermosa Teresa de Villeneuve, á quien ve en una de sus excursiones nocturnas por los edificios de la ciudad; despues nos describe el asombroso rapto de la jóven que desaparece del convento de Val-de-Grâce la noche misma en que iba á casarse, arrebatada por

aquel amante tenebroso y conducida en medio de peligros y horrores; vemos luego al verdadero amante de la jóven, á Felipe de Lussan, que sospechando el paradero de su amada, se lanza en medio de aquellos abismos y corre los azares y aventuras mas estupendas é interesantes; mientras que otros peligros y otras aventuras corria también la desgraciada Teresa. Mil incidentes y personajes diversos se cruzan en esta hermosa leyenda, y causa su enlace tal interes, que cuesta trabajo soltar el libro antes de hallar el fin.

Hablemos ya de las catacumbas de Roma:

«Un dia—dice Eudoro en *Los Mártires* de Chateaubriand—mientras que Constantino asistia á las deliberaciones del senado, fui yo á visitar la fuente Egeria. Me dirigia, para alcanzar la via Appia, á la tumba de Cecilia Metella, obra maestra de magnificencia y de elegancia, cuando al atravesar los campos abandonados distinguí á varias personas que se deslizaban en medio de la oscuridad, y que todas se detenian y desaparecian en el mismo sitio. Me adelanto, guiado por la curiosidad, y entro atrevidamente en la caverna donde se sumergieran los misteriosos fantasmas: vastas galerias se prolongaban por todos lados, iluminadas apenas por solitarias lámparas, cuya temblorosa llama hacia oscilar de un modo siniestro todos aquellos objetos eternamente inmóviles. En vano presto atento oido y trato de distinguir algunos sonidos que me dirijan por aquel laberinto; tan solo escucho los latidos de mi corazón en medio del absoluto silencio del abismo. Quiero entonces volver hácia atrás, pero ya no era

tiempo: tomé un camino errado, que lejos de orientarme hubo de confundirme más en aquel dédalo. Nuevas galerías abren paso á otras distintas, y quedo por fin acongojado y suspenso. Mis fuerzas comenzaban á extenuarse, y me senté en una encrucijada solitaria de la ciudad de los muertos, mirando con ansiedad la luz de las lámparas que comenzaba á extinguirse. De repente una armonía semejante á un coro lejano de celestiales espíritus, sale del fondo de aquellas moradas profundas. Aquellos divinos acentos espiran y renacen, suavizándose con nuevas armonías, al seguir sin duda los tortuosos senderos del subterráneo. Me levanto en seguida y me dirijo hácia el sitio de donde vienen aquellos mágicos conciertos, y al fin descubro una sala iluminada. Sobre una tumba cubierta de flores, celebraba Marcelino el misterio de los cristianos; algunas jóvenes con sus velos blancos cantaban al pié del altar, y una numerosa asamblea asistía al divino sacrificio. Entonces reconocí las Catacumbas. Una mezcla de vergüenza, de arrepentimiento y de éxtasis se apodera de mi alma; y ¡nueva sorpresa! me parece ver á la emperatriz y á su hija, entre Dorotea y Sebastian, arrodilladas entre la multitud. ¡Oh poder de una religion que obliga á la esposa de un emperador de Roma á dejar furtivamente en la noche el palacio imperial, para asistir á la cita de los desgraciados, para ir á buscar á Jesucristo en el altar de un oscuro mártir, en medio de los sepulcros de un cementerio y entre hombres proscritos y despreciados!»

Hasta aquí Chateaubriand.

El origen de las catacumbas de Roma ha sido motivo de controversia; pues unos lo atribuyen á las excavaciones practicadas en busca de materiales para la construcción de los edificios de la ciudad, y otros aseguran, con el cardenal Wiseman, que fueron practicadas por los cristianos para que sirviessen de cementerios á sus muertos. Tres épocas principales han tenido estas catacumbas: la primera desde su origen hasta la mayor persecucion de la Iglesia; la segunda desde este período hasta la paz de la misma Iglesia; y la tercera desde entonces hasta nuestros días. Durante el primer período las catacumbas no fueron mas que verdaderos cementerios donde se depositaban los cadáveres de los cristianos, cuyas tumbas, y principalmente las de los pontífices y mártires, eran visitadas y veneradas en ciertos dias del año, habiendo iglesias y capillas, tambien subterráneas, y en las que celebraban los oficios sagrados en varias festividades. Durante la persecucion, hasta la paz de la iglesia, esas mismas catacumbas eran lugares de refugio para los cristianos, verificándose entonces diariamente en ellas los sagrados oficios, y habiéndose ampliado las antiguas basílicas subterráneas y construídose otras nuevas. «El tercer período de las catacumbas—dice el citado cardenal Wiseman en su interesante *Fabiola*—es el de su desolacion. Cuando los lombardos, y mas tarde los sarracenos, comenzaron á devastar los alrededores de Roma y á exponer á la profanacion general las catacumbas, sacaron de ellas los Papas los cuerpos de los mas esclarecidos mártires, y los colocaron en las basílicas de la ciudad misma. De-

jaron de ser las catacumbas lugares de devocion, y fueron destruidas ó vinieron á ruina mas ó menos completa por el trascurso y las inelemencias del tiempo. Solo quedaron en pié las que estaban fortificadas y eran susceptibles de defensa, tales como las basílicas extramurales de San Pablo en la via Ostia, de San Sebastian en la via Appia, de San Lorenzo en la via Tiburtina, de Santa Inés en la via Nomentana, de San Pancracio en la Aureliana, y la mayor de todas, la de San Pedro en el Vaticano. Pio IX, el actual Pontífice ha hecho mas en pocos años para la reparacion de las catacumbas, que lo que se habia practicado antes durante siglos.

Se ve, pues, que el periodo mas interesante y glorioso de las catacumbas de Roma, es aquel en que los cristianos perseguidos se refugian en las entrañas de la tierra para venerar al Dios de los cielos, y se preparan al martirio en compañía de los que les habian precedido en esta prueba mil veces terrible y gloriosa de la fé. Las actas de los mártires están llenas de multitud de rasgos de valor y de heroismo de aquellos antiguos cristianos que moraban en las catacumbas; y uno de los episodios mas interesantes de aquella época, es el que consigna Chateaubriand al concluir sus *mártires*, referente al martirio de los esposos Eudoro y Cimodocea. Te daré un extracto de este episodio:

Entretanto, el pueblo se reúne en el anfiteatro de Vespasiano: Roma entera habia acudido á beber la sangre de los mártires. Cien mil espectadores están en las galerías. La multitud vomitada por los pórticos baja y sube por las escaleras ex-

teriores, y ocupa sus asientos sobre los mármoles de las gradas. Un enrejado de oro separa el banco de los senadores, de la arena de las fieras. Algunas máquinas ingeniosas refrescan el aire despidiendo un rocío de aguas aromáticas. Tres mil estatuas de bronce, multitud de cuadros, columnas de jaspe y de pórfido, balaustrados de cristal y jarrones de trabajo exquisito, adornan aquella escena. En un canal abierto alrededor del circo nadan un hipopótamo y varios cocodrilos; mientras que quinientos leones, cuarenta elefantes, tigres, panteras, toros y osos, acostumbrados ya á despedazar hombres, rugen en las cavernas del anfiteatro. Varios gladiadores, no menos feroces, ensayan aquí y allá sus brazos ensangrentados.

Los pretorianos encargados de conducir á los confesores al martirio, rodean ya las puertas de la prision de San Pedro. El guarda de la cárcel se adelanta á la puerta del calabozo, y llama primero al hijo de Lástenes. — Aquí me tienes, responde Eudoro. — Pues sal para morir, exclama el carcelero. — Para vivir, replica Eudoro; y dirigiéndose á sus compañeros de prision, agrega: — Pronto nos volveremos á encontrar en el cielo.

Eudoro habia reservado para aquellos últimos momentos una túnica blanca, destinada en otro tiempo á su pompa nupcial, y un manto que le bordaron las manos de su tierna madre: con tales atavíos, parece mas bien un cazador arrogante de la Arcadia que va á disputar el premio de la música y del arco.

Los obispos cantan el himno de la victoria cuando Eudoro sale de la prision y comienza á sufrir el

primer martirio con los ultrajes del populacho; al presentarse en el anfiteatro, cubierto de heridas, se alza un grito universal, y los aplausos prolongados desde la cumbre hasta la base del edificio, hacen mugir los lejanos ecos. Los leones y las demas fieras encerradas en las cavernas responden dignamente á aquella alegría feroz; tiembla luego el pueblo mismo de espanto al oír estos rugidos sordos, y solo Eudoro permanece impasible: piensa con ternura en su padre, en sus hermanas y en su patria, y recomienda al Eterno á Demodocus y á Cimodocea: tal fué su último pensamiento de la tierra, y en seguida eleva su alma y su corazón hácia el cielo.

Entretanto, Cimodocea, fugitiva del lado de su anciano padre, á quien abandona por seguir á su legítimo esposo, se presenta á las puertas de Roma y se dirige al circo.

—Es una cristiana que se fuga—grita la multitud al verla.—Sí, soy cristiana—responde la jóven con timidez—y se me espera en el anfiteatro.

Una de las puertas de la arena acababa de abrirse, y descubriendo Cimodocea á Eudoro, se lanza ligera como una flecha, y va á caer en los brazos de su esposo. La multitud, asombrada al principio, ruge en seguida, pidiendo sea echada aquella jóven á las fieras. La pareja angelical cae entonces de rodillas en la arena; Eudoro pone el anillo empapado en su sangre, en el dedo de Cimodocea, y exclama: «Sierva de Jesucristo, eres amable como Raquel, prudente como Rebecca y constante como Sara: entraremos desposados en el cielo.» En ese instante los cielos abiertos celebran aque-

llas bodas sublimes; los ángeles entonan el cántico de la esposa; la madre de Eudoro presenta á Dios aquellos hijos unidos, que van á comparecer ante el trono del Eterno; las vírgenes mártires trenzan la corona nupcial de Cimodocea, y Jesucristo bendice á los dichosos desposados.

Eudoro quiere hablar al pueblo en favor de su tierna esposa; pero mil gritos sofocan su voz, y suena la trompeta que anuncia la salida de las fieras. Se oye crugir la puerta de fierro de la caverna del tigre, y el gladiador que la habia abierto, huye despavorido. Eudoro coloca á Cimodocea detrás de sí, y aparece en pié y orando, con los brazos extendidos en forma de cruz, y con los ojos levantados al cielo. Suena la trompeta por segunda vez, caen las cadenas que retenian al tigre, y el animal se lanza rugiendo hácia la arena: un movimiento involuntario estremece á los espectadores. El tigre parece detenerse á lo lejos y contemplar un instante á los dos mártires: mueve en seguida su cola prolongada y la azota contra sus flancos; sus ojos se inflaman con la gula; corre de nuevo hácia su presa; la acecha otro momento, y se lanza con terrible salto, clavando sus dientes en el cuello de marfil de Eudoro, y desgarrando con sus uñas los hombros del mártir. Cimodocea, que tiene estrechado á su esposo, abre los ojos, mira la boca abierta de la fiera cerca de la cabeza de Eudoro, y en el instante queda desmayada y muere suspendida de los brazos de su esposo, como suele un copo de nieve colgar de las ramas de un pino arrogante del Liceo.

Entonces aparece en medio de los aires una lu-

minosa cruz, y el trueno conmueve el anfiteatro hasta en sus fundamentos. La multitud despavorida deja aquellos sitios, y Constantino, llevando la paz de la Iglesia, se presenta á las puertas de Roma.

---



---

## CARTA XXXII.

*Conclusion de estas cartas.—Reflexion, temores y despedida del autor.*

México, Abril 1º de 1862.

Quando te escribí mi última carta, de fecha 19 del próximo pasado Marzo, estaba en visperas de marchar á Jalapa, y creía que allí, bajo la sombra de los bosques que abrigan los gratos recuerdos de mi primera edad, y en medio de aquellas arboledas, prados y jardines, que son la residencia predilecta de la primavera, podria hallarme mejor dispuesto á escribirte las armonías y bellezas del reino vegetal. Mas otra cosa dispuso la Providencia que rige los destinos del hombre, y mi viaje quedó de súbito deshecho por circunstancias imprevistas, á la manera que son desbaratados por repentina ráfaga de viento los alegres paisajes que retratan las tranquilas aguas en los dias de Abril.

Este suceso inesperado, que interrumpe la corriente de mis ideas, me lleva al campo de la reflexion: veo que tal vez me he ido engolfando mas allá de lo que intentaba en estas cartas, y temeroso de aburrirte con lo difuso de ellas, he resuel-